

LA LOBA
DE AL-ÁNDALUS

LA LOBA
DE AL-ÁNDALUS

Sebastián Roa



1.ª edición: septiembre 2012

© Sebastián Roa, 2012

© Ediciones B, S. A., 2012

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-5174-5

Depósito legal: B. 20.232-2012

Impreso por LIMPERGRAF, S.L.

Mogoda, 29-31 Polígon Can Salvatella

08210 - Barberà del Vallès (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Una salus victis nullam sperare salutem.

(La única salvación de los vencidos es no esperar salvación alguna.)

VIRGILIO, *Eneida*, II, 354

Virgilio era un hombre sabio, y tal vez por eso su cita ha llegado hasta nosotros. Y nos viene de perlas, porque no somos más que vencidos. Derrotados por una sociedad que aplasta nuestra cultura y la condena al olvido. Un admirador de Virgilio, Silo Itálico, nos advirtió que abandonar toda esperanza de salvación resulta un estímulo formidable. Al escribir esta novela, doy por perdidas mis esperanzas, pero no así el propósito de honrar cuanto pueda a mis antepasados. Gracias, pues, a ellos, a los que vencieron y a los que fueron derrotados. Gracias a celtas, iberos, romanos, visigodos, andalusíes, cristianos... Gracias a quienes se alzaron contra la injusticia y a quienes se mantuvieron fieles a sus juramentos. Gracias a Homero, por presentarme a Héctor y Andrómaca, y a quienes escribieron durante milenios para preservar mi pasado. Gracias a Ambrosio Huici Miranda, el arabista que empeñó años de su vida para traernos, a mí y a millones como yo, el conocimiento de los siglos pretéritos. Gracias a quienes me acompañan en la derrota constante de la vida. Gracias a mi familia, por supuesto. Sobre todo a Ana y Yaiza, mis banderas de batalla más allá de patrias y leyes. Gracias a mis compañeros del grupo literario del Cuaderno Rojo, que me leen, aconsejan y animan, y especialmente a Marina López, de la Universidad Jaime I de Castellón, por las horas de sueño perdido con el manuscrito de esta novela y por contagiarme su entusiasmo. Gracias a los impagables consejos del *wanax* Josep Asensi. Gracias a las mesnadas que me ayudaron a aguantar los embates enemigos en la Biblioteca Pública de Valencia, en la Biblioteca Valenciana de San Miguel de los Reyes, en el Archivo

del Reino de Valencia, la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Valencia, el Instituto de Estudios Turolenses y el Archivo Histórico Provincial de Teruel. Gracias a los recreacionistas de Fidelis Regi, Feudorum Domini, A. C. H. A., Aliger Ferrum y Arcomedievo, que me mostraron otras formas de usar mis armas. Gracias a mis compañeros de trabajo, los que se batan en vanguardia día a día y que disculpan mis ausencias medievales. No espero salvación alguna para ninguno de ellos, y por eso he escrito esta novela.

Aclaración previa sobre las expresiones y citas

A lo largo de la escritura de esta novela me he topado con el problema de la transcripción del árabe al castellano. Hay métodos académicos para solventarlo, pero están diseñados para especialistas y artículos científicos más que para autores y lectores de novela histórica. A este problema se ha unido otro: el de los nombres propios árabes, con todos sus componentes; o el de los topónimos y sus gentilicios, a veces fácilmente reconocibles para el profano, otras no tanto. He intentado hallar una solución que nos acerque a la pronunciación real y que al mismo tiempo contribuya a ambientar históricamente la novela. Así pues, he transcrito para buscar el punto medio entre lo atractivo y lo comprensible, he simplificado los nombres para no confundir al lector, he traducido cuando lo he considerado más práctico y me he abandonado al encanto árabe cuando este me ha parecido irresistible. En todo caso, me he dejado guiar por el instinto y por el sentido común, con el objetivo de que primen siempre la ambientación histórica y la agilidad narrativa. Espero que los académicos en cuyas manos caiga esta obra y se dignen leerla no sean severos con esta licencia.

De cualquier forma, y para aligerar este problema y el de otros términos poco usuales, se incluye un glosario al final. En él se recogen esas expresiones árabes libremente adaptadas y también tecnicismos y locuciones medievales referentes a la guerra, la política, la toponimia, la sociedad...

Por otro lado, aparte de los epígrafes, he tomado prestadas diversas citas y les he dado vida dentro de la trama, a veces sometiéndolas a ligerísimas modificaciones. Se trata de fragmentos de los libros sagrados, de poemas árabes y andalusíes, de trovas y de otras obras medievales que el lector detectará al verlos escritos en cursiva. Tras el glosario se halla una lista con referencias a dichas citas, a sus autores o procedencias y a los capítulos de esta novela en los que están integradas.

PREFACIO

El sexto reino

Deja que te muestre, a ti, que ahora abres este libro, una época de muerte y desolación. Pero también de pasión y poder. De ambición, de lealtad y de traición. De amistad, de odio y de amor. Y de muchas otras cosas, salvo paz. No es paz lo que hallarás si sigues leyendo. Así pues, ¿deseas seguir?

Bien. Permite, entonces, que te cuente adónde te quiero llevar.

Nos acercamos a la mitad del siglo XII y la Península Ibérica está dividida en dos partes marcadas por su distinta religión. Al norte se agrupan los reinos cristianos... Pero luego te hablaré de ellos. Vayamos ahora al sur, donde perviven los territorios musulmanes: lo que otrora fue el califato de Córdoba, descompuesto después en los primeros reinos de taifas, más tarde unidos de nuevo bajo el cetro almorávide.

Ah, ¿te cuento de los almorávides? Unos fanáticos vomitados por el desierto africano. Los enemigos del legendario Cid Campeador. Llegan a un al-Ándalus enfermo y fragmentado, y unen a todos los musulmanes peninsulares bajo su mando. Pero los almorávides, que vienen de sojuzgar a gran parte del Magreb, no están dispuestos a soportar la relajación de costumbres de los andalusíes. Por eso arrasan con todo y hacen gala de su exaltación religiosa. Se alzan con el poder absoluto y relegan a los hispanomusulmanes a los puestos más bajos de su sociedad.

Sin embargo, es difícil resistirse a la buena vida en el vergel de al-Ándalus. Mujeres bellísimas, jardines lujuriosos, música que subyuga, vino que enloquece, poesía que enamora... Los almorávides se ablandan, se dejan llevar y empiezan a transigir. Se vuelven débiles. Aunque eso no es suficiente para los hispanomusulmanes oprimidos: la población andalusí no se siente a gusto gobernada por los almorávides. Por eso empiezan las revueltas, muchas veces apoyadas por los cristianos del norte. Es la vida: todo imperio nace, crece, llega a su apogeo y decae. Los almorávides no son distintos, pero su caída se va a ver precipitada por algo que no sale de la libertina tierra de al-Ándalus ni de los molestos reinos cristianos. Al sur, en África, ha surgido un nuevo mo-

vimiento rígidamente musulmán. Su fundamentalismo es mucho mayor que el de los almorávides, y además está consiguiendo reunir un potente ejército entre las tribus nómadas del desierto y las montañas. Son los almohades, los unitarios, los creyentes. Están dirigidos por un visionario llamado Ibn Tumart, que se cree el Mahdí: el Mesías que ha de salvar al islam de su decadencia. A la muerte del Mahdí, toma el relevo del poder almohade un hombre cruel y decidido, el primer califa del nuevo orden, Abd al-Mumín. Abd al-Mumín se hace llamar príncipe de los creyentes y gobierna con mano dura. Dictamina la superioridad racial almohade sobre las demás tribus africanas, así como sobre los andalusíes y los árabes y, por supuesto, el resto de los seres humanos. El ejército de Abd al-Mumín recorre todo el norte de África y se hace con las antiguas posesiones almorávides. Aplasta, incendia, decapita y crucifica. Y ahora mira al norte, a esa península al otro lado del Estrecho. A al-Ándalus.

Cuando los almohades cruzan a la orilla europea, se encuentran con los desvencijados restos del imperio almorávide. En poco tiempo se hacen con importantes ciudades del sur, como Córdoba, Jaén y, sobre todo, Sevilla, que pasa a ser su capital a este lado del Estrecho. Pocos son los reductos almorávides que sobreviven. No hay tiempo para más. Las tribus sometidas del Magreb se rebelan una y otra vez, y los almohades deben regresar para apaciguar sus posesiones africanas. Se van. Dejan para más tarde lo que queda de la Península Ibérica. Volverán, te lo aseguro...

Tal vez quieras saber qué hay más allá de Córdoba, Jaén y Sevilla. ¿Has oído hablar de la época de los cinco reinos? En muchos libros de historia llaman así a este momento. Se refieren a los cinco estados en los que se dividía la parte de la Península que aún no estaba bajo el poder almohade: los reinos de Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón —entendido ya este último como la unión del reino de Aragón y el condado de Barcelona—. Pero cuidado. Tal vez a estas alturas no te salgan las cuentas. Falta algo. Un sexto reino. Uno que, por cierto, supera en tamaño y riqueza a alguno que otro de los que he enumerado en el quinteto de estados cristianos. Este sexto reino, casi hundido en las tinieblas del olvido histórico, representa el momento brillantísimo de una civilización única e irreplicable. Una auténtica utopía llena de contradicciones. Al frente de ella, un rey andalusí al que un papa se refirió como «el rey Lope, de gloriosa memoria», mientras que sus correligionarios musulmanes de África lo tildaban de demonio cruel y sanguinario. Este rey no llegó al trono por herencia, sino por sus propios méritos. Descendiente de tagrís, militares de frontera curtidos en mil batallas, de origen muladí y admirador del arrojo cristiano, consiguió hacerse con un reino que comprendía las actuales provincias de Castellón, Valencia, Alicante y Murcia, además de parte de las de Tarragona, Teruel, Cuenca, Albacete, Jaén y Almería. Sus conquistas lo

llevarían mucho más lejos, y el esplendor que llevó a su reino hizo que durante siglos se continuara usando la moneda que acuñó en sus cecas. Lo que se sabe de este reino está manchado por la propaganda almohade o por el desprecio cristiano, y quizá lo único seguro es el sobrenombre por el que su monarca pasó a la historia: el rey Lobo.

Pero basta de cháchara. Es hora de que conozcas el sexto reino.

PRIMERA PARTE

(1151-1158)

*Reyes, sed bien avisados,
que partir e disminuir
es menguar e dividir
los reynos e principados.
¿Quién falló grandes venados
en pequeño monte e breña?
En agua baxa e pequeña,
non mueven grandes pescados.*

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN,
Amonestación al emperador don Alfonso



1

La sangre de su sangre

Verano de 1151. Tierras de Segura, señorío de Hamusk

Zobeyda siempre había sentido fascinación por los augurios, y ahora iba a conocer uno, quizás el más importante de su vida.

Alargó el puño derecho e, incapaz de detener su temblor, extendió el dedo índice hacia delante. Frente a ella, la vieja, armada con una aguja, sonrió antes de punzar con tino la yema de la joven. Zobeyda dejó escapar un gritito inconsciente, pero el goterón de sangre le produjo un imprevisto placer. Aquella lágrima roja se alargó hasta caer en el centro de la olla humeante y despertó las burbujas que dormitaban en su interior. Una segunda gota siguió a la primera, y luego llegó una tercera. La vieja hizo desaparecer la aguja entre sus ropajes negros y bastos, acercó la cara al pote y dejó que la humareda acariciase su ajada piel. Se pasó la lengua por los labios agrietados y entornó los ojos. Luego, sin separar la vista del fondo del perol, asintió con lentitud.

—La sangre de tu sangre... Sí, la sangre de tu sangre.

—¿Qué significa...?

—Shhh —se quejó la vieja sin apartar la mirada del puchero—. La sangre de tu sangre. Eso es lo que unirá este lado con el otro.

—No sé qué quiere decir eso.

—Yo tampoco. Solo leo lo que el destino me deja ver.

Marिकासca, la bruja, levantó por fin la vista del perol. Su mirada despertó una náusea en Zobeyda.

—Te pago con largueza, vieja. Esperaba algo más.

—¡Pues no hay más, morita!

La joven apretó los labios.

—Muestra respeto, bruja. Estás ante una reina.

—Aaay, tú, una reina... No hay reinas moras. No desde el tiempo de tu profeta. Hasta una vieja ignorante como yo sabe eso. Además, ya te lo he dicho: es la sangre de tu sangre la que unirá este lado con el otro. Tal vez

vea coronas también. Tronos y palacios. Pero ¿a ti? A ti no te he visto aquí dentro.

Marिकासca dijo aquello con voz firme, pero los ojos entornados y la nariz arrugada añadían un punto de burla a sus palabras. Zobeyda se asomó al interior del perol e intentó interpretar aquellos pétalos blancos que flotaban destrozados en el agua. La yema del huevo de cábaro que Marिकासca había vertido se deshacía lentamente en jirones ambarinos y dibujaba grumos, revueltas y tirabuzones que bajaban hasta el fondo del pote y volvían a subir con reventar de burbujas. La joven buscó con la mirada en aquel caos humeante.

—¿Dónde está la sangre?

Marिकासca apuntó con su dedo sarmentoso.

—Pues ahí, agarrada a la yema del huevo.

—No veo nada. No hay coronas, ni tronos. No veo lados que deban unirse.

La bruja frunció el ceño y añadió a su piel una miriada más de arrugas. Se inclinó de nuevo sobre el perol.

—Creo que ya lo tengo. Sí, sí... Ya lo entiendo. Yo veo cosas porque soy la bruja. Y tú no. Tú solo eres una morita con ínfulas. ¿Me vas a pagar o no?

Zobeyda suspiró. Aquella vieja bruja era insoportable. Si no fuera por la fama que tenía... Devolvió la vista al potingue espumoso. Intentó de nuevo hallar algún significado en aquel batiburrillo de trozos de pétalo de lirio, cáscaras de huevo y hojas de enebro, cantueso y alhucema. Y sobre todo trató de interpretar aquello de la sangre de su sangre. Unir este lado y el otro. ¿Qué significaba toda esa palabrería? Retiró la cara del vaho al notar un leve vértigo. El humo subía en lentas volutas, se estrellaba mansamente contra el techo rocoso de la gruta y resbalaba por entre las rendijas como si tuviera vida propia. Las dos mujeres, una vieja y arqueada y la otra joven y esbelta, se hallaban en lo más profundo de la cueva, iluminadas por las llamas vacilantes de dos hachones a medio quemar. La luna nueva había dejado la vega del río a oscuras, pero los campesinos de la aldea cercana, que jamás visitaban a la bruja Marिकासca en su arreñal, habían hecho una enorme hoguera al otro lado del cauce para celebrar la llegada del verano. El resplandor del fuego llegaba atenuado a la gruta, abierta a media ladera y renegrida por años y años de puchero, lumbré y candela.

—¿Cómo puedo saber el significado de tu vaticinio? —preguntó Zobeyda—. ¿Por qué no puedes decirme más?

—Ayyy, que Judas me confunda... Ya te lo he dicho. Yo veo las hierbas y te las leo —respondió la vieja sin levantar su vista nublada del cazo humeante—. Las hierbas escriben el porvenir, y aquí solo pone eso: la sangre de tu sangre unirá este lado y el otro.

Zobeyda se levantó con un movimiento rápido y anduvo hacia la salida de la cueva. Estaba mareada, sin duda por aquella maldita pócima y por el humo

de los hachones que iluminaban la gruta. Miró afuera, hacia la cercana aldea. En el lado opuesto del arrenal, donde el río, brillaba con fuerza la hoguera encendida por los campesinos. Hasta Zobeyda llegaron apagados los cánticos y las risas. Pero ella no escuchaba las obscenas letras de las canciones. Solo pensaba en el extraño augurio de Marिकासca. Repasó una vez más las instrucciones que la bruja le había dado unas semanas atrás: las hierbas necesarias, dónde cortarlas, qué noche y con qué mano debían recogerse; el día entero en ayunas que Zobeyda tenía que pasar; el mucho cuidado en que el huevo fuera de cára-bo, o de *carabo*, así, sin esdrújular, como Marिकासca decía; ah, y las cruces: que por muy morita que fuera, Zobeyda debía hacerse tres cruces antes de entrar en la cueva. Y las tres cruces se las había hecho, por supuesto. Pensó que tal vez eso de ser mahometana había podido torcer el sortilegio, por mucho que dijera saber la bruja. Sangre de su sangre. Aquello podía interpretarlo. Pero lo de unir un lado y el otro... ¿Eso era un augurio? ¿Y qué auguraba?

—Soy musulmana, vieja —le dijo a Marिकासca sin volverse—. ¿No será por eso todo tan confuso? He venido aquí para conocer el destino, no para llevarme preguntas sin respuesta.

Se oyó una risita apagada y cavernosa, y Zobeyda sintió un escalofrío.

—Todas las preguntas tienen respuesta. Cosa tuya será encontrarla. O no. Y la sangre no sabe de moros ni de cristianos —contestó Marिकासca con voz pastosa—. Además, que tú ya eras infiel de niña, y mira si erré entonces. ¿A que no? ¿A que no erré?

—No —reconoció Zobeyda.

—Y que oye, que si por eso fuera, tú eres morita lo mismo que yo cristiana: de aquí —se tocó los labios con un dedo—. Y el huevo este no era de *carabo*, era de dragón. O parecido.

La joven sonrió por el comentario de la bruja. De más la conocía.

—Pero es que no lo entiendo. Algo hemos hecho mal...

—Ya, ya. Lo mismo me dijiste de niña. Y mírate ahora.

Zobeyda se volvió en ese momento. La hoguera de la vega dejó de reflejarse en sus ojos grandes y negros, y su mirada se hundió en la penumbra ahumada de la caverna.

—¿Por qué ves cosas que yo no veo? —preguntó a la vieja, que se encorbaba sobre el perol espumante—. ¿Por qué lo viste entonces?

La anciana se irguió con dificultad y agarró su garrota, apoyada en una de las ennegrecidas rocas de la cueva. Caminó venciénose a la izquierda y llegó hasta el borde de la gruta. Se detuvo junto a Zobeyda y extendió la mano arrugada y sarmentosa hacia la hoguera que los lugareños habían encendido.

—Por la misma razón por la que ellos me rehúyen —respondió—. Porque soy Marिकासca, la bruja del arrenal, y sé leer en las hojas y en los troncos de los árboles, en las piedras del río y en los lamentos de los gatos.

La vieja empalmó la última palabra con un remedo de maullido y este con una carcajada que resonó bajando la ladera pedregosa, cruzó el arrenal y se metió por entre las cabañas de la aldea. Por un momento, las risas y gritos de los campesinos se acallaron y solo se oyó la brisa, que agitaba las hojas de los chopos cercanos. Un par de figuras se acercaron con premura y pisando fuerte sobre el terreno áspero.

—Mi señora, ¿va todo bien? —preguntó una voz masculina.

—Todo bien, capitán —se apresuró a contestar Zobeyda.

Las dos siluetas volvieron a ser tragadas por la oscuridad y la mujer miró a la anciana, tan encorvada sobre sí misma que su tamaño apenas alcanzaba el de una niña. La joven reflexionó unos instantes y un brillo de triunfo iluminó sus ojos negros.

—Ahora yo también comprendo. Creo. Mi hijo Hilal. Sangre de mi sangre. Cuando crezca, él conquistará ciudades. Ceñirá corona y ocupará su trono. Unirá reinos enteros. Eso quiere decir, ¿verdad?

La vieja encogió sus huesudos hombros.

—Piensa lo que quieras. El tiempo dirá si te equivocas. O a lo mejor mueres antes de que el vaticinio se cumpla, que también puede ser.

—Es suficiente, vieja bruja —sonó la voz de quien había contestado como capitán de la guardia. La vieja intentó taladrar la oscuridad, pero solo pudo ver una figura que se confundía con la noche—. Mi señora vivirá largos años. Verá nacer a muchos más hijos. E incluso a sus nietos. Guarda tus malos presagios para los porqueros de esa aldea.

—Ah, no. Que la morita me ha prometido buenos dineros. —Marिकासca señaló a Zobeyda con el cayado—. Y si hay dineros, Marिकासca lee las hierbas.

—Dinero tirado. —El capitán de la guardia habló de nuevo sin dejarse ver—. Tus augurios son tan oscuros que podrían significar cualquier cosa. Además, para cuando sepamos algo con certeza, tus huesos estarán mondos. —La voz había ido cobrando un tono sarcástico—. Si por mí fuera, no te pagaría ni un dinar.

—¡Basta! —interrumpió tajante Marिकासca, y extendió la palma de la mano hacia Zobeyda—. No me gusta lo que dice ese hombre. Quiero mis dineros ya. Morabetinos de tu rey, morita.

La joven hizo un gesto de rabia, rebuscó entre sus sayas y sacó una bolsita tintineante que la bruja se apresuró a agarrar. Luego, con una agilidad mucho mayor que la que había demostrado hasta ese momento, Marिकासca desapareció en el interior de la gruta.

—Eres una loca o realmente estás borracha de tanto aspirar hierbajos, vieja bruja. —El capitán se acercó hasta la boca de la cueva. Al salir de la sombra descubrió sus ropas oscuras, pero la bruja ya no podía verlo—. Mi señora te hará despellejar viva. ¡Sal aquí y revela tus acertijos!

—No, déjala. —Zobeyda alzaba una mano ante el hombre—. Es así como funciona esto. También fue así cuando yo era niña.

El capitán extendió el brazo cuando su señora hizo ademán de descender la ladera, y esta lo cogió y se apoyó en él para alejarse de la gruta.

—La sangre de mi sangre —repitió el augurio en un susurro— unirá este lado y el otro.

Día siguiente. Camino de Segura

—La sangre de mi sangre...

Zobeyda repitió la frase una vez más. Había perdido la cuenta de qué número hacía aquella ocasión. Paseaba la mirada por la orilla del río sembrada de olmos, y su mente vagaba acunada por el suave sonido del agua que se deslizaba valle abajo. Era pronto aún; el sol apenas había rebasado las copas de los álamos y fresnos más altos. Abú Amir adelantó su caballo y lo hizo andar al paso junto al carro a medio cubrir de Zobeyda. Ella miró a su amigo, aunque no lo vio, y una vez más movió sus labios lentamente pero sin emitir sonidos, repitiendo en silencio la enigmática profecía de la vieja Marिकास.

Zobeyda, veinte años de tentación andalusí, era, a poco que se cavilase, la mujer más hermosa que aquella tierra había dado en generaciones. Ya de niña, sin necesidad de criada ni esclava que la aderezase, era capaz de sacar partido de su tremenda belleza hasta convertirse en algo que a la fuerza debía de ser pecaminoso, fuérase del credo que se fuera; ahora, con la veintena cumplida y un parto doble en sus caderas, sabía hacerse aplicar la justa cantidad de alheña, de hojas de añil, de polvo de antimonio o aceite de narciso. Nada era casual o distraído en ella: cada mirada de reojo, cada gesto que apartaba una trenza a un lado, cada lento parpadeo. Tenía la tez clara de su estirpe, de ascendencia cristiana y norteña, pero su pelo era negro como el de sus súbditas de raza bereber. Sus ojos oscuros y almendrados llenaban su cara, atraían las miradas y traspasaban los corazones. No había varón, fiel o infiel, que pudiera resistir el encanto de Zobeyda si ella se decidía a asaetearlo con su vista. Bajo el suave óvalo de su rostro, el cuello daba paso a un busto bien cumplido, al gusto musulmán, y a la par desafiante, al gusto cristiano. Zobeyda era insolente, cosa sabida por más que todos lo callaran ante ella, y no gustaba de cubrir sus encantos con velos o ropas anchas.

Aquella mañana, libre ya de las toscas sayas del día anterior —necesarias por otra parte para ocultar su condición a los campesinos—, Zobeyda vestía un sedoso brial, a la costumbre cristiana que su esposo había llevado a palacio; y aunque sus trenzas oscilaban libres, se coronaba con una pequeña diadema de gladiolos, sus flores preferidas. Recostada sobre los mullidos almohadones

que recubrían el carruaje, mostraba con descuido una pierna hasta la rodilla, dejaba colgar el pie descalzo a un lado y lo mecía al ritmo con el que traqueaban las ruedas por la senda rumbo a Segura. El tobillo, rodeado de argollitas que tintineaban con cada bache y guijarro que tomaban, era delgado y mostraba una piel firme, sin rastro de imperfección a lo largo del empeine.

—No sé por qué crees en esas patrañas, niña —le reprochó Abú Amir—. Además, no te queda bien caer en supercherías.

Zobeyda escapó de sus divagaciones y dedicó una sonrisa luminosa a quien se había hecho pasar la noche anterior por capitán de su guardia.

—Ahora me saldrás con el sermón de siempre, ¿verdad?

—Hace tiempo que sé que eres tan piadosa como yo, niña. Es decir: nada. —Abú Amir miró hacia delante y se aseguró de que no eran escuchados por la auténtica guardia de la reina. Tan solo el criado que tiraba de las mulas podía oírlos, pero su fidelidad, como la del resto de los sirvientes personales de la mujer, estaba fuera de duda—. Y también sé desde hace mucho que eres demasiado lista para creer en supersticiones. Nunca he entendido ese defecto tuyo. Fiar en augurios y en buenaventuras. ¿No te da vergüenza?

Zobeyda fingió ofenderse y se llevó la mano a la boca, irreverentemente descubierta por el velo que caía a un lado de su cuello.

—Te haré despellejar vivo —imitó la voz de Abú Amir al amenazar a Maricasca. Ambos rieron con discreción.

—Es bueno que te diviertas, ya lo sabes —continuó él con sus reproches—, pero te repito que no es propio de una reina emplear tanto tiempo y esfuerzo en los delirios de una vieja cristiana loca. Y esos talismanes que llevas. Y los amuletos. Ah, por favor.

Zobeyda tocó por instinto la bolsita parda que colgaba entre sus pechos, rellena de dientes de zorro para esquivar el mal de ojo.

—Entonces, ¿no debo creer en la bruja? ¿Y cómo explicas que su vaticinio de hace años se cumpliera al pie de la letra?

Abú Amir miraba hacia el camino mientras mantenía su corcel al paso, avanzando junto al carro tirado por mulas en el que viajaba la reina Zobeyda. Hizo un gesto con la mano para quitar importancia al comentario de su señora.

—No sé nada de ese vaticinio de hace años. Jamás me lo has contado. Pero sin duda, si acertó entonces, fue también por casualidad. Quizá buen tino y conocimiento de la gente. Además, sé que tú misma no acabas de creerte estas engañifas. Y si no, ¿por qué me has hecho acompañarte a ver a esa loca del demonio?

—Pues precisamente para lo que no estás haciendo. —Zobeyda siguió con la vista la corriente del río—: Aclararme lo que yo no entienda.

—Ah, era eso... Pues bien, te lo explicaré de inmediato: una vieja chiflada quiso cocer un huevo con beleño y cuatro hierbajos más. Al momento, y co-

mo suele ocurrir con el beleño, la bruja aspiró el humo venenoso y se sumió en el trance, o cayó en una pesadilla, o se dejó llevar por la ilusión de la borrachera..., como tú prefieras, niña. Todo lo demás es delirio puro, y los he visto mejores en alguna que otra fiesta de las que da tu esposo en palacio.

—Ah, como quieras. Así pues, la bruja estaba borracha. Y sin embargo, desde la Sierra Morena a las montañas de la Idúbeda, Marिकासca tiene fama de acertar siempre.

—No andamos faltos de gente ignorante en al-Ándalus, es verdad. Al menos Marिकासca es tan lista como para aprovecharse de ello. Una virtud admirable.

Zobeyda hizo un gesto de fastidio, tiró de la tela que cubría el carro y se ocultó de la vista de Abú Amir. Habló desde dentro una vez más.

—Marिकासca estaría ya muerta, despeñada o degollada por los campesinos cristianos de esa aldea si no fuera porque siempre acierta y vienen a verla de todo al-Ándalus tanto fieles como infieles. Cuando yo era niña, mi padre me llevó hasta ella y pagó una fortuna a la bruja para que me hiciera un vaticinio. Y no se equivocó.

La comitiva se había detenido para la oración del mediodía. Tras limpiarse en las frescas aguas del río, soldados y criados llevaban a cabo el rito girados hacia levante mientras las mulas, desenganchadas del carro, abrevaban con tranquilidad y espantaban las moscas a coletazos. Zobeyda se había recostado a la sombra de un chopo sobre un ancho paño bordado. A través de los sauces podían verse ya las tierras rojizas plagadas de olivos que precedían al cerro en el que se elevaba Segura. Abú Amir, por su parte, estaba sentado sobre una piedra al borde del río y jugueteaba con una rama de majuelo que sumergía en la corriente.

Muhammad ibn Áhmed ibn Amir at-Turtusí, al que todos conocían como Abú Amir, era un hombre de gran atractivo físico y en la plenitud de su vida. Había nacido en Tortosa treinta y un años antes, y ejercía la ciencia de la curación; los varones de su familia hasta lo que podía recordarse habían sido médicos de renombre, y además no les había faltado ocasión de ejercitarse en la medicina de guerra gracias a los choques casi constantes que se vivían con los infieles del norte. De hecho, la proximidad de la frontera y los roces con los cristianos habían llevado a Abú Amir, hombre dado a la buena vida y las pocas complicaciones, a abandonar Tortosa y trasladarse a Murcia. Allí, por su incuestionable inteligencia, se había convertido en uno de los médicos más solicitados y exitosos de la ciudad. Además frecuentaba los círculos intelectuales y muy pronto adquirió un fuerte crédito entre la clase dominante, merced no solo a sus dotes como galeno sino también a su fama como filósofo, a

su maña para componer versos y a su memoria para recitar poemas ajenos. Así había sido como, apenas cinco años antes, Abú Amir había conocido a Ibrahim ibn Hamusk, el padre de Zobeyda. Por aquel entonces, Hamusk se había rebelado contra el poder almorávide en Socovos, donde prestaba sus servicios como jefe militar, y estaba a punto de hacerse con el gobierno del lugar mediante un rápido y certero golpe de mano que lo convirtió en señor de Segura y de todo el territorio circundante, rico en bosques, rico en leña, rico en corrientes de agua. Todo su señorío dependía de la madera que, a través de los ríos que nacían en la sierra de Segura, era transportada hasta las grandes ciudades.

Pero antes incluso de la rebelión de Hamusk, conocedor este de la fama de Abú Amir en Murcia, le invitó a trabajar a su servicio y encargarse de la enseñanza de su única hija, Zobeyda, a cambio de un estipendio tan generoso que al médico no le quedó más remedio que aceptar. Y a Abú Amir no le había disgustado su nueva ocupación. Hamusk era un líder firme, a veces incluso demasiado, y aunque era tan dado a las supersticiones como su hija, comulgaba con muchas de las ideas poco ortodoxas que tenía el médico. Ambos coincidían en su no poco desprecio por la beatitud y en un gran amor por los placeres de la vida. Aquellos «defectos» eran fruto de los años de dominación almorávide, excesivamente dura, restrictiva y aburrida: eso era algo que tanto Hamusk como Abú Amir asumían, y no solo no se avergonzaban de ello: como muchos andalusíes de aquella época feliz, se enorgullecían de buscar el placer y de renegar de las ataduras de antaño.

En cuanto a Zobeyda, la niña había destacado pronto como una doncellita muy astuta que absorbía las enseñanzas del médico a gran velocidad y se interesaba por materias que la ley almorávide vetaba a la mujer. Así, poco a poco, Abú Amir se había ido convirtiendo en el mejor confidente de la joven Zobeyda bint Hamusk y, con el tiempo, ella dejó de ser aquella niña ávida de enseñanzas y curiosa por la vida para convertirse en una espléndida belleza andalusí. Aun con todo, el médico jamás había dejado de verla con el cariño que el buen maestro tiene por la alumna aventajada.

Además, no eran lances amorosos lo que le faltaban a Abú Amir. El médico poeta era un imán para las mujeres por su tez morena enmarcada por una fina barba negra, su gran altura y hombros anchos, pero sobre todo por su apariencia sosegada y amable, que no abandonaba siquiera en los momentos de mayor disipación. De todos, eso sí, era conocida su fama de libertino. Gustaba de rondar, escribir versos a las doncellas y de beber vino en público. Actitud muy criticada por los imanes y alfaquíes; pero esos mismos detractores eran incapaces de derrotarle en los duelos de ingenio y argumentación que llevaban a cabo en las plazas y mezquitas, y que Abú Amir remataba con algún verso sardónico e hiriente para los guardianes de las viejas costumbres, pues

*No des crédito a las palabras de los profetas.
Son falsedades que ellos mismos compusieron.
La gente vivía tranquila hasta que vinieron
y con su sinrazón los atormentaron.*

Este descaro no hacía sino engrandecer su fama para con los hombres y su atractivo para con las mujeres; un atractivo, por cierto, que no menguaba a pesar de la incipiente barriga que Abú Amir se miraba con cierta preocupación divertida.

—Nunca te he contado esto, Abú Amir, porque sé que deploras la forma en que me dejo llevar por la superstición —empezó a explicar Zobeyda tras un largo silencio cuando calculó que los soldados y sirvientes habían concluido su oración—. Sabes que no cedo al dogma, como tú me enseñaste, y que adoro solo aquello que puedo ver y tocar. También me has enseñado que los niños graban a fuego en sus corazones las lecciones más intensas que reciben en su tierna edad.

—Todo esto me está sonando a disculpa, niña —objetó él, aunque se dispuso a escuchar con atención a su alumna y amiga.

—Marिकासca llevaba años siendo vieja cuando fui a visitarla de niña, y ya entonces estaba encorvada como una parra. Mi padre me trajo a verla antes de que tú entraras a nuestro servicio, y lo hizo tanto para consultarle acerca de mi futuro como para saber del suyo propio. En ese momento ya estaba tramando lo de su rebelión contra los almorávides.

»Marिकासca gozaba de fama en la región. Se decía que era una cristiana que había vivido hacía tiempo en Granada, y que junto a muchos otros mozárabes había sido recogida por la expedición del viejo rey de Aragón al que llamaban Batallador. Desde Granada, y con miles de huidos, empezó la peregrinación de vuelta al norte, pues el rey Batallador quería repoblar con ellos las villas tomadas a los almorávides.

»Marिकासca ya ejercía la brujería en Granada, aunque como vivía entre cristianos y lo disimulaba bien, no padeció molestias por los almorávides a cuenta de sus sacrilegios. Eso sí, mientras viajaba con la caravana del rey Batallador hacia el norte, le dejaron claro que de brujerías, en Aragón, nada. No sé qué tormentos o malquerencias le llegaron a prometer si se atrevía a vivir de ensalmos y sortilegios en tierra de cristianos, pero el caso es que al final se separó de sus paisanos mozárabes y fue dando tumbos hasta el arreñal de esa aldeúcha en la que la visitamos ayer. Ya viste que allí viven tan solo cuatro porquerizos cristianos y sus familias; eso venía de perlas a los quehaceres de la vieja Marिकासca, que rápidamente crio fama de buena adivinadora en el terreno. Fama, por cierto, que llegó hasta oídos de mi padre.

»Como sabes, los cristianos tienen mucha inclinación hacia ensalmos y buenaventuras: se ve que todo lo que no consiguen rezando a los cientos de santos que esculpen quieren ganarlo a base de hechizos y encantamientos.

—Lo sé —asintió Abú Amir con una sonrisa irónica, y señaló con la rama de majuelo a Zobeyda—. No solo los cristianos.

—Mi padre, como también sabes —ella ignoró la insinuación—, es descendiente de muladíes.

—Ya. Yo también nací en la frontera. Casi todos los tagrís de las marcas son de origen muladí.

—Tagrís, sí. Guerreros de frontera... Y mi esposo y mi padre, como tagrís que fueron, conservan muchas de las supersticiones que les legaron sus antepasados cristianos. Al igual que es difícil deshacerse de los conocimientos grabados a fuego en la niñez, cuesta librarse de las creencias desleídas en la sangre.

»Y creer en supercherías es distinto según quien seas. Las decisiones que toman un campesino o un pastor pueden arruinar una cosecha o malograr un rebaño, pero lo que dispone un jefe militar tagrí salvará vidas o acarreará muertes al día siguiente. Por eso mi padre, al igual que otros muchos guerreros de las marcas, acostumbraba a someter sus decisiones a todo tipo de consejos, reflexiones, agüeros y amuletos.

»Cuando, en tiempos de la rebelión contra los almorávides, mi padre tomó la decisión de hacerse con Socovos, sacó antes a su familia de allí y nos llevó a un lugar seguro: una aldea cristiana sin nombre, olvidada de casi todos, en cuyo arrenal vivía una tal bruja Marिकासca a la que, de paso, quería consultar el porvenir. Aquel día acompañé al tagrí Hamusk a la cueva de la vieja mientras mi madre, recelosa, permanecía con los cristianos. No recuerdo si lo que Marिकासca usó fue huevo de cábaro u hojas de beleño, pero al término de su sortilegio aconsejó a mi padre derrocar a sus amos almorávides. Después, aquella vieja clavó en mis ojos los suyos, blanquecinos y hundidos, y me lo dijo: “Niña, tú reinarás sobre moros, hebreos y cristianos”.

»Al día siguiente, sin más esperar, mi padre cabalgó hacia Socovos, repartió las órdenes a los oficiales de su confianza y quebró el estandarte almorávide del castillo. Después recorrió todas las fortalezas de la comarca para recoger la adhesión de los demás guerreros andalusíes y encabezó la resistencia. Durante tres años mantuvo en jaque a la guarnición almorávide de Segura, hasta que Mardánish llegó al poder en Murcia.

»Recuerdo muy bien aquellos días. Mi madre y nosotros habíamos regresado a Socovos y vivíamos en constante espera, temerosos de que los antiguos amos africanos vinieran a recobrar lo que consideraban suyo.

—Y esa fue la época en la que tu padre requirió mis servicios —apuntó Abú Amir.

—Así es. Tú no parecías temer que los almorávides regresaran. Y no regresaron: el que llegó fue Mardánish, precedido de un séquito espectacular. Mi padre le agasajó con banquetes y regalos, y nos hizo conocer a aquel hombre que se hacía llamar rey de Murcia y Valencia. Yo tenía dieciséis años entonces. Mi padre, que se negaba a seguir muchas de las tradiciones solo por no imitar a los almorávides, se negaba a recluarnos a mi madre y a mí en nuestras habitaciones, pero desde luego no dejaba que nos prodigáramos mucho fuera del castillo. Sin embargo, el día en el que Mardánish vino desde Murcia, mi padre se preocupó de que las sirvientas me peinaran y adornaran mi rostro y mi pelo. Me hizo lucir las mejores sedas de que disponíamos y me presentó orgulloso como «su princesa Zobeyda». Mardánish llegó vestido al modo cristiano. Ah, cómo me impresionó. Tan imponente. Tan alto y tan fuerte, muy atractivo... Su mirada de halcón se volvió mansa cuando se encontró con la de mi padre, y ambos se saludaron con efusión, como si fueran hermanos. Luego Mardánish se fijó en mí... ¿Era acaso una casualidad?

—En aquella época, Mardánish acababa de llegar al poder en Murcia y Valencia —habló Abú Amir al notar que Zobeyda se había quedado en silencio, embelesada por su propio recuerdo—. No es de extrañar que te causara honda impresión. Los nobles andalusíes de Denia, Orihuela, Játiva... Los de la misma Murcia y los de Valencia. Todos querían emparentar con él, tanto por propio interés como por el entusiasmo de sus hijas: nada menos que un rey andalusí, dueño de un reino que nada tenía que envidiar a los que los soberanos cristianos poseen en el norte. Además, la fama militar de su familia era inmensa. Todo lo que me estás contando ahora ya lo sabía yo, pero desconocía que así se cumplía el oráculo de la vieja Marिकासca.

—Pues eso es lo que ocurrió —contestó Zobeyda—. Mardánish aceptó de sumo grado el ofrecimiento de mi padre y nos casamos. De ese modo pasé a reinar sobre moros, hebreos y cristianos.

—Y ese mismo año, fortalecido Hamusk con la nueva alianza con Mardánish, se hizo con Segura. Así el vaticinio de la bruja se verificó en su totalidad.

—Me educaste bien y me has enseñado muchas cosas útiles, tanto en Socovos como después, cuando, ya desposada con Mardánish, me acompañaste a Murcia. He seguido tus consejos y me abstengo de entregar mi vida a un destino escrito por Dios. Pero reconoce que la sabiduría mágica de Marिकासca es algo inexplicable para ti —desafió Zobeyda a Abú Amir—. Nadie diría de la hija de un líder musulmán que podría llegar a gobernar sobre sus súbditos. Como mujer de un líder mahometano, mi sitio está en el harén, con el resto de las mujeres, tejiendo y dando a luz hijos que engrandezcan el nombre de mi marido. Pero Mardánish ha demostrado ser aún más irreverente con los viejos tabúes que mi propio padre. No hay casi diferencias entre una reina cristiana del norte y yo. Entre mis súbditos hay musulmanes, hebreos y cris-

tianos, todos los que moran en Valencia, Denia, Murcia, Cuenca, Lorca, Alci-
ra, Orihuela...

—Está bien, niña, está bien —reconoció su derrota Abú Amir con una amplia sonrisa, y arrojó la rama de majuelo a la corriente—. Puede que entre el vaticinio de esa vieja y la realidad haya una cierta... correspondencia. Pero eso no me hará cambiar de opinión respecto al resto de supercherías. Sobre todo esta última por la que tanto has pagado. Sangre de tu sangre y lados que se unen. Qué sarta de tonterías.

Zobeyda se levantó y alisó con las manos su suave túnica mientras fingía un gesto de enojo. A poca distancia, la comitiva preparaba una mesa colocando tableros sobre caballetes de madera y los sirvientes empezaban a sacar las provisiones para comer junto al río.

—Mi padre es un descreído y un insolente en todo cuanto no entiende; mi esposo lo es aún más y todavía parece que se jacta de ello; pero ninguno de ellos te alcanza, Abú Amir.

Segura se alzaba en lo más elevado de un risco, enseñoreada de cerca tan solo por las águilas que sobrevolaban los dominios de Ibrahim ibn Hamusk. A sus pies, el frondoso valle custodiaba un tesoro de encinas y pinos, motivo de la riqueza que desbordaba el señorío del padre de Zobeyda. Las huertas se alternaban con los olivos ya desde lo más profundo, trepaban por el monte y rodeaban la ciudad que había crecido en torno a la inexpugnable alcazaba. En la distancia, la impresionante mole de una montaña argentina se erguía al sur y reflejaba destellantes los rayos del sol.

La comitiva subía penosamente el sendero a pesar de que Zobeyda, para no retrasar la marcha, se había puesto a caminar junto a Abú Amir, que tiraba de las riendas de su montura. Varios grupos de hortelanos adelantaban al séquito con miradas de curiosidad, reconocían a la hija de su señor Hamusk y saludaban respetuosamente.

—¿Has tenido algo que ver tú en esta entrevista?

La pregunta llegó de sopetón; Zobeyda se la soltó a Abú Amir mirándole de repente a los ojos, como si quisiera cogerle por sorpresa. Él sonrió.

Abú Amir había llegado a Segura procedente de Murcia una semana antes acompañando al séquito de Mardánish. Este llevaba consigo también a su favorita, Zobeyda, con sus sirvientes y doncellas de compañía, al más puro estilo de las comitivas reales cristianas. Mardánish se reunió con su suegro y aliado, Hamusk, y juntos partieron hacia poniente para encontrarse con el poderoso emperador Alfonso, rey de León y Castilla, en el asedio que los cristianos llevaban a cabo en Jaén. Zobeyda, que había pedido expresamente ir con Mardánish hasta Segura, se había quedado allí con sus criados, con su

corte de doncellas y con Abú Amir, con el secreto deseo de consultar a Maricaska acerca de su descendencia, para después regresar a Segura y esperar que Mardánish y Hamusk volvieran de Jaén.

—El emperador Alfonso ha tenido como aliados a los señores andalusíes durante toda su vida —respondió de inmediato el médico—. Mardánish y tu padre ya se entrevistaron con el emperador en Zurita hace dos años. Yo no estuve allí, pero tu esposo me pidió consejo antes de acudir. ¿Qué ocurre? ¿No te gusta que tratemos con los reyes del norte?

Zobeyda, que miraba al suelo del camino para no pisar ninguna piedra, hizo un mohín.

—Me gustan más que los almorávides, desde luego, y también me gusta lo que he oído acerca del emperador. Pero no me agrada que mi esposo se someta a otros señores.

—A nadie le gusta someterse. Ni siquiera pensar que puede haber quien se crea superior a nosotros, ¿no es eso?

Zobeyda asintió.

—Mi esposo no me hace partícipe de sus asuntos de política con los cristianos, desde luego, y tú tampoco te desvives por contarme cuáles son sus planes; pero no estoy sorda ni tonta, y veo en qué pilares quiere apoyar Mardánish su reinado.

—Y ahora que podemos hablar sin la... molesta presencia de tu esposo, pretendes que yo confirme tus sospechas, ¿eh, niña?

Zobeyda sonrió con cara de jovencita traviesa. Aquel único gesto servía para desmontar toda defensa, aunque Abú Amir no tuviera ningún inconveniente en hablar con ella de temas reservados a los varones de la corte.

—Sé que es necesario contar con el emperador. —Ella jadeaba levemente por el esfuerzo de la subida—. Él puede ser nuestro principal valedor. También sé que no ha pedido nada a cambio de la amistad de Mardánish. Quien me molesta es el príncipe de Aragón. No comprendo por qué hemos de pagarle parias. ¿A cambio de qué? ¿De qué nos vale su amistad?

—No es esa la pregunta que debes hacerte. Pregúntate más bien: ¿qué nos depararía su enemistad?

Zobeyda se volvió súbitamente y detuvo la marcha. De forma automática todos los sirvientes y los soldados de la guardia, pendientes del más mínimo movimiento de la favorita, pararon también y refrenaron a las mulas que tiraban de los carruajes. Todos quedaron expectantes, lo suficientemente retirados para no resultar indiscretos pero atentos para reanudar la marcha o cumplir cualquier mandato de su señora.

—Abú Amir, hombre al que admiro —dijo Zobeyda como si se dispusiera a soltar una reprimenda—. Tú eres de Tortosa, ciudad que Ramón Berenguer, príncipe de Aragón, conquistó por las armas hace tres años. Tortosa era

propiedad de Mardánish. Luego ese cristiano se apoderó de Lérida y de Fraga, también villas de mi esposo. ¿Cómo eres capaz de no odiar profundamente al príncipe de Aragón, que ha violado la paz de tu tierra? Y en cuanto al propio Mardánish, ¿por qué no acudió con sus tropas a proteger a los súbditos de la Marca Superior? ¿Qué ocurrirá si Ramón Berenguer gusta de seguir conquistando el reino de mi esposo?

Abú Amir, que aprovechaba la pausa en la subida para tomar aire a pulmones llenos, inspiró con fuerza y miró a su alrededor, al precioso laberinto de valles y paredes rocosas que salpicaban la sierra de Segura, ahora extendida a sus pies como una alfombra de plata y verde.

—Niña, la política es complicada. El ascendiente que el emperador tiene sobre el príncipe de Aragón no es muy vigoroso, pero sí lo suficiente para que las ambiciones de este se mantengan dentro de límites tolerables. Para la conquista de Tortosa, Ramón Berenguer consiguió bula de su papa católico. Enfrentarse a eso es ganarse la enemistad de toda la cristiandad. Y aun hoy, si tu esposo se opusiera con las armas a Ramón Berenguer, el emperador Alfonso no tendría otro remedio que valer al príncipe. Ambos son líderes cristianos, unidos por su fe. Y si de alguna manera los súbditos de León y Castilla pudieran mantenerse atados por la voluntad del emperador y mirar hacia otro lado, dime: ¿de verdad crees que tu esposo podría resistir el empuje de Ramón Berenguer, que ahora ha unido bajo su égida su condado de Barcelona con el poderoso reino de Aragón?

»No, tu esposo sabe perfectamente cuáles son las ambiciones de Ramón Berenguer: las mismas que han tenido todos los reyes de Aragón y todos los condes de Barcelona. Si realmente estás tan interesada en la política, aprende a ver en qué aguas debes pescar y en cuáles has de abstenerte de hacerlo. El reino de tu esposo ha de mantenerse y crecer mirando al mediodía, a las plazas abandonadas por los almorávides. Eso conservará la amistad de Mardánish con el emperador Alfonso y también contendrá al príncipe de Aragón en la Marca Superior. Eso y el dinero que tu esposo paga en parias a Ramón Berenguer.

Zobeyda arrugó la nariz antes de echar a andar lentamente. Todo el séquito la imitó de inmediato.

—No me gusta comprar mi libertad con dinero, Abú Amir.